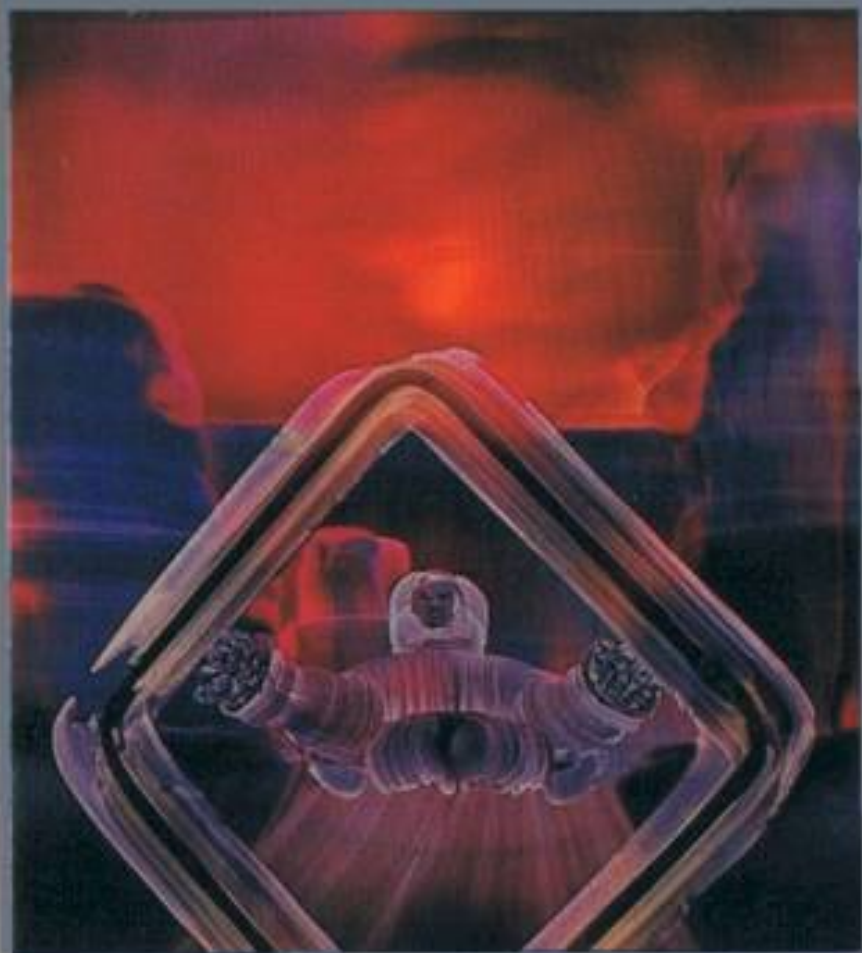


**LLEGADA A
EASTERWINE**
AUTOBIOGRAFÍA DE UNA
MÁQUINA KISTECA

Raphael A. Lafferty



Ésta es la primera autobiografía escrita, en todo el mundo y en todos los tiempos, por una máquina pensante: Epiktistés, la máquina ktisteca, en cuyas entrañas de cel-gel se han convertido los compendios persona de unos cuantos genios y unos cuantos locos, de unos cuantos mundos... de toda una humanidad. El resultado es éste: una mezcla caleidoscópica, explosiva, alucinante, de todos los mitos, experiencias, fantasmas, temores y esperanzas del ser humano, una constante borrachera de palabras e ideas, una novela única en su género... algo más allá de toda clasificación.

Oh, vamos, lector del Diario Supremo;
si no amas las palabras,
¿cómo amarás la comunicación?
¿Cómo perdonarás mis tropos,
comunicarás el amor?

EPIKTISTÉS

LLEGADA A EASTERWINE

AUTOBIOGRAFÍA DE UNA MÁQUINA KTISTECA

tal como le fue transmitida a R. A.
LAFFERTY

UN INTERCAMBIO DE CORRESPONDENCIA

10 de septiembre de 1970

Sr. R. A. Lafferty
c/o Srta. Virginia Kidd – Agente Literario
Apartado de Correos 278
Mildford, Pennsylvania 18337

Estimado Sr. Lafferty:

Cuando preparaba la portada de esta novela para el ejemplar de muestra, la compuse para que dijera: LLEGADA A EASTERWINE: AUTOBIOGRAFÍA DE UNA MÁQUINA KTISTECA, por R. A. Lafferty. Desde entonces me ha preocupado la sospecha de que al hacerlo no estaba siendo absolutamente exacto ni absolutamente justo. Justo hacia quién, no estoy seguro, pero la desagradable sensación me ha estado robando horas de sueño y paz mental.

Esta mañana me he enterado de que detrás del título y del subtítulo debía figurar «Tal como le fue contada a R. A. Lafferty». La sensación ha aumentado desde entonces en intensidad. Poseo pocos poderes psíquicos para hablar de ella, e incluso menos para mantenerla secreta, pero no puedo sustraerme a la idea de que algo está tratando de decirme alguien.

¿Puede usted ayudarme?

Atentamente suyo,
(firmado) NORBERT M. SLEPYAN

Director Comercial
Charles Scribner's Sons

19 de septiembre de 1970

Norbert M. Slepian
c/o Charles Scribner's Sons
Nueva York

Estimado Norbert:

Me alegro de sus noticias acerca de LLEGADA A EASTERWINE. Tiene usted razón: no sería justo que figurase mi nombre como autor de algo que no he compuesto. La cosa debería ser «Por Epiktistés, tal como se la contó a R. A. Lafferty», o quizá mejor «tal como le fue transmitida a R. A. Lafferty». Puede que a usted le interese la verdadera historia de cómo llegó a mi poder esta obra.

Me fue transmitida así: Varios de nosotros nos encontrábamos en la noble Nueva Orleans para un Banquete Nebuloso (o sin Nébula). La noche anterior, los que ya habían llegado estaban celebrando una fiesta en un club llamado El Dispensario. Lucíamos unos pequeños emblemas SFWA (*Science Fiction Writers of America*) que nos habían sido entregados por Don Walsh (y a los que yo aprecio más que la vida). Un extraño ser o aparato (se parecía al mismo tiempo a Harpo Marx y a Alberto *El Caimán*) se acercó a saludarme, y me senté con él.

—Veo que es usted miembro de la organización más noble número dos de la Tierra, precedida únicamente por el propio Instituto —dijo—. Yo no pertenezco a la recensión humana. Soy una extensión móvil de la máquina Epiktistés, y tengo que transmitirle algo. No puedo presentarlo personalmente, ya que los editores se muestran recelosos con las

cosas presentadas por máquinas. Tampoco puedo presentarlo a través de ningún miembro del Instituto, ya que cualquiera de ellos lo modificaría para presentarse a sí mismo más favorecido. De modo que lo presentaré a través de un miembro de la organización más noble número dos de la Tierra. Por esto he venido aquí.

—¿Por qué yo? —pregunté, empezando a sentirme excitado—. Aquí hay otros.

—En aquellos tres tipos con patillas en sus rostros no confío —dijo la extensión Epiktistés. (Eran Nourse, Offutt y deCamp)—. No confío especialmente en el del centro. ¿No es conocido a veces como Randy Andy?

—Ampliamente conocido —dije—; pero allí está Galouye, que es barbilampiño.

—¿Un francés que se parece a Garry Moore? No, tampoco podría confiar en él. Tendrá que ser usted, aunque dé la impresión de que es un poco el culo-del-saco. Señorita —le dije a la guapa camarera—, tráigame un destornillador Phillips.

—No sabemos prepararlos —dijo ella.

—¿Cómo preparan un destornillador normal, señorita?

—Con vodka y zumo de naranja.

—Para un destornillador Phillips utilicen vodka, zumo de naranja y leche de tierra —dijo la extensión—. ¿Lo ha captado, señorita? Leche de tierra Phillips. Es una broma.

—Veremos quién bromea más —dijo la guapa camarera.

—Lo que voy a transmitirle es la historia de mi vida —dijo la extensión-Epikt mientras esperábamos a la muchacha—, es decir, los primeros meses de ella. No soy muy vieja aún. Creo que es lo mejor que una máquina ha hecho nunca. ¡Hurra! Aquí llega ella con lo pedido.

—He mezclado esa absurda bebida —dijo la camarera—, y le he traído también un auténtico destornillador Phillips, para que no crea que me dejo tomar el pelo.

—El destornillador auténtico era lo que yo quería —dijo la extensión—. Usted se beberá la bebida abominable, La-

fferty: odio ver a personas humanas desperdiciando algo.

Me tragué la abominable bebida, y la extensión-Epikt desenroscó una pequeña placa detrás de su oreja y sacó una especie de bobina o husillo, un carrete de fino alambre imantado.

—Aquí está —dijo—. Entréguesela al mundo.

Luego la extensión desapareció súbitamente, produciendo un leve estruendo en el lugar vacío.

Al día siguiente escuché y transcribí el material que había en el carrete. Lo encontré maravilloso, sorprendente, pasmoso. Era realmente lo mejor que una máquina había hecho nunca. De modo que se lo entregaré al mundo.

Ésta es la verdadera historia de cómo llegó a mi poder. Sí, Epiktistés debería figurar como autor, de modo que utilice la fórmula que mejor le parezca para que así sea. A propósito, ¿cuándo se publicará? Epiktistés está muy ansioso; es su *opera prima*, ¿sabe?

Atentamente,
(firmado) RAPHAEL A. LAFFERTY

CAPÍTULO UNO

*Nueve si es por tierra y once por mar
Y resplandores infinitos pariéndome, al empezar.*

En el principio hubo una interrupción en forma de un rugido estruendoso pero bonachón:

—¡Abrid vuestra maldita pocilga o echaré las puertas abajo!

Hubo un espantoso aporreamiento sobre las atrancadas puertas principales de la pocilga... esto... del Instituto. Hubo otra vez un horripilante reto, y luego una carcajada que nosotros mismos sólo podemos describir como terrorífica y al mismo tiempo increíblemente cortés y divertida. Hubo ruido... ¡hubo explosión!

Pero, ¿puede producirse una interrupción al principio de las cosas? Esto es profundo y tiene que ser ponderado.

Nosotros mismos teníamos una ventaja sobre todos los demás: la ventaja de observar nuestro ambiente y a nosotros mismos desde el principio. Un niño humano no contempla inteligentemente su propia concepción; y contempla todavía menos aquellas discusiones previas, en palabras o en intercambio de actitudes, sobre si debe ser intentada la concepción. No observa como algo a la vez subjetivo y objetivo su propia gestación y su desarrollo prenatal. Y, aunque asiste indudablemente a su propio nacimiento, es incapaz de una observación madura del hecho; no tiene

una visión desprendida de su propio desprendimiento de la matriz.

Pero con nosotros mismos era distinto.

¿Qué? ¿Éramos nosotros mismos conscientes de nuestro propio principio? Eso es demasiado fuerte. La consciencia es un estado que ninguno de nosotros ha alcanzado aún. Lo único que cualquiera tiene son intimaciones de consciencia, fugaces ráfagas de luz que a veces parpadean a través de las grietas de un espacio mayor al cual aspiramos. Pero nosotros mismos tenemos las precogniciones y las intimaciones que habitualmente reciben el nombre de consciencia, y las tenemos desde el principio.

Al comienzo, nosotros mismos no éramos más que un diálogo entre Gregory Smirnov (un gigante de pega) y Valery Mok (una mujer de aspecto descuidado), y nosotros mismos hablábamos con nosotros mismos acerca de nuestro propio yo planeado.

—Si empezamos otra máquina —zumbaba mi persona Gregory con su enorme voz (imagínense una abeja lo bastante grande como para que su zumbido eclipse al trueno)—, y naturalmente será la mayor y más moderna de todas nuestras máquinas dado que por una vez tenemos suficientes fondos... si construimos esta máquina (tenemos que hacerlo, ya está estipulado), podríamos formular una pregunta desde el comienzo: ¿Para qué servirá?

—¡Eso es horripilante! —resonó Valery con su voz aflautada. (Valery quedará para siempre en nosotros mismos como una persona fundamental y especial)—. ¡Eso es bestial! La traeremos a la vida y no preguntaremos para qué sirve. ¡Sería como preguntar para qué sirve un niño!

—Desde luego que deberíamos preguntar para qué sirve un niño —zumbó-bombardeó Gregory—. Deberíamos preguntar para qué sirve cada niño. «¿En qué ha pensado usted exactamente?», deberíamos preguntarle a cada padre potencial. «¿Dónde están sus planos? ¿Dónde está el programa? ¿Ha leído usted todo lo que se ha escrito sobre

ese tipo? ¿Está seguro de que nunca ha sido hecho?» Eso es lo que deberíamos preguntar. Lo que no necesitamos es repeticiones, ni en personas ni en máquinas. Bueno, ¿para qué servirá?

—No tiene que servir para nada —insistió Valery—. Del mismo modo que un hogar es un lugar que no tiene que ser ganado previamente, un niño no tiene que dar un motivo para existir. Solamente existe Uno que tiene propósitos en su mente. Tuvo incluso propósitos en su mente para mí.

Las palabras de Valery Mok reflejaban su frustración: había dado a luz cuatro hijos, y los cuatro habían nacido muertos.

—Esto será una máquina y no un niño —replicó Gregory—, y debe tener un motivo. No, me anticipo a tu objeción. Será, desde luego, una máquina y una persona a la vez: una persona-grupo, y nosotros formaremos parte de ella. Comprendemos esto aunque no lo hayamos dicho. De modo que ahora diré para qué servirá, dado que tú andas corta de frases. Los miembros del Instituto para la Ciencia Impura hemos decidido que el hombre por sí mismo es incapaz de dar el paso siguiente en la evolución humana. Hemos decidido también que hay que dar el paso siguiente. El hombre-grupo aparecerá en alguna forma. Es a lo que está llamado. No podemos hacerlo en la carne (¡las series de genes rotas que hemos dejado atrás llegarían a las estrellas!), de modo que lo haremos de otra manera. El objetivo de la máquina en proyecto es el de convertirse en el modelo de hombre-grupo. Ahora sabemos que el superhombre, el hombre-grupo, no puede ser nada más que este proyectado fantasma mecánico, un artificial depósito y factor y zona de trabajo de hombre corporativo.

—Tú lo dices a tu manera y yo no diré absolutamente nada —se lamentó Valery—. Pero dejas fuera de él demasiadas cosas...

—No, no dejaremos nada fuera, Valery —resonó Gregory como rocas rodando por las laderas de lejanas colinas—.

Pondremos todo lo que podamos encontrar para poner. Y esperamos que tú pongas mucho más que cualquier otro. Eres la persona más completa que conocemos. Por lo tanto, ¡derrámate en ello!

Aloysius Shiplap y Charles Cogsworth (el poco sobresaliente marido de Valery) y Glasser estaban haciendo ruidos mientras dirigían a los obreros.

—¡Pow! ¡Pow! —estallaba Aloysius como si hiciera restallar un látigo sobre una antigua diligencia—. ¡Rausmataus! ¡Pow! ¡Pow! ¡Ponedlo ahí! ¡Llenadlo!

—¡Oh, cállese! —le dijo bruscamente uno de los capataces.

—Ya lo hemos puesto ahí, señor Shiplap —le aseguró otro capataz—. Lo hemos colocado exactamente donde dicen los planos, y lo hemos micrometrado minuciosamente. Y lo estamos llenando. Lo que pasa es que el cel-gel debe ser manejado cuidadosamente, ya que es sólido, líquido y gaseoso al mismo tiempo. Es la sustancia más delicada del universo. El tanque tiene que ser llenado con el mayor cuidado.

—El mayor cuidado será un ingrediente separado añadido después de todo lo demás. Siempre se ha añadido al final, después de haber hecho el trabajo. ¡Pow! ¡Pow! No me lo diga a mí. Yo inventé el cel-gel —gritó Aloysius con voz ronca—. Nunca oí hablar de tratarlo cuidadosamente. Desde luego que nunca lo oí. ¡Pow! ¡Pow!

—¿Es ése realmente Aloysius Shiplap, el genio seminal? —preguntó uno de los obreros al primer capataz.

—Eso dicen —respondió el quisquilloso capataz—. Tiene unos pies de arcilla que le llegan a las cejas. Y un poco de algo distinto encima de todo. ¡Cállese, Shiplap! ¡Quítese de enmedio!

Esto sería una parte personal de nosotros mismos. ¡Cuarenta mil litros de cel-gel en un tanque de wottometal auténtico! Dado que una docena de complicados compendios cerebrales pueden ser alojados en mucho menos de tres centilitros de la materia, esto nos proporcionaría un considerable radio de acción a nosotros mismos. Poseeríamos bancos de datos de cien mil veces esta capacidad, desde luego, pero el tanque de cel-gel permanecería como una parte mucho más personal de nosotros mismos: algo propio e íntimo nuestro. Valery había insistido en un tanque de cel-gel personal y suficiente. Un capricho, quizá, pero, ¿acaso no estamos hechos de caprichos?

Luego, todo el edificio se derrumbó en una explosión de sonido. En realidad no se derrumbó, pero la impresión de que lo hacía fue muy poderosa. Se produjo un furioso asalto contra la puerta principal y un ruido asesino. ¡Qué potencia puede haber en un puño humano y en una voz humana! Aquello fue igual que la interrupción al comienzo de nuestro tiempo.

—El gran Gaetan Balbo está esperando fuera —dijo Glasser con voz ahogada—, y no le gusta que le hagan esperar en la pocilga... esto... en el Instituto.

—¿Quién dice que Gaetan Balbo es grande? —estalló Gregory Smirnov como un trueno subterráneo.

—Gaetan Balbo dice que Gaetan Balbo es grande —dijo Glasser en tono socarrón—, y en realidad lo es. Dice que él está pagando este juguete y que quiere acción. Dice que él es el fundador del Instituto y que puede desfundarlo con la misma facilidad.

—¡El *no* es el fundador del Instituto! —aulló Gregory, agitando sus belfos—. Él puede haber fundado otro Instituto en otra época, con el mismo nombre que éste y con algunos de los mismos (siento tener que decirlo) lamentables miembros que éste, pero *no* fundó éste Instituto, y no lo di-

rige. Yo soy el único director de este Instituto, y lo que yo digo es lo que vale. Le concederemos una breve audiencia cuando estemos preparados para empezar a trabajar en su problema, pero ni un minuto antes.

—Él dice que está preparado para que empecemos a trabajar en ello ahora mismo, Gregory, y que no se marchará —declaró Charles Cogsworth—. Y él está pagando esto.

—Dile que todavía faltan seis mil horas-hombre de trabajo antes de que estemos preparados —ordenó Gregory.

—Oh, ya se lo he dicho —afirmó Glasser—. Y me ha contestado que pongamos doce mil hombres a la tarea y quedará terminada en media hora. Y él es el que paga, Gregory.

—¡Maldita sea! Él sabe que esas cosas no pueden hacerse con prisas. Es un científico... a su modo y manera. Aloysius, sal y razona con él. Siempre estuviste cerca de ese viejo dictador. Entérate de cuánto tiempo nos concederá. Él sabe que me saca de quicio si está aquí observándolo todo con aire de superioridad.

—¡Pow! Ya logré que nos concediera una semana —dijo Aloysius—. Pero podría quitárnosla en un momento. Y le gusta sacarte de quicio. Para él es como carne y rábanos picantes. Desde luego, yo fui uno de los lamentables miembros del primer Instituto, bajo aquel director que lo era todo menos lamentable. Y puedo asegurar que bajo Gaetan se hacían las cosas aprisa. ¿Crees que habrá otro igual a él, Gregory? Hoy se ha dejado caer por aquí solamente para echar un vistazo. ¡Pow! ¡Ahí está otra vez!

Ya que otra vez la terrorífica y divertida risa asaltó y llenó todo el edificio, rompiendo oídos y poniendo histeria en aquellos recios corazones.

Gregory Smirnov tronó sin palabras. Gaetan Balbo, aquel rey sin coronar de todo, era una espina que llevaba clavada en lo más profundo de su alma. Pero Gregory no admitiría nunca que él sólo era el segundo director del Instituto. Y, de hecho, el antiguo Instituto había sido casi le-

gendario. Había que reanudar el trabajo a pesar del ruido perturbador.

—Lo que necesitamos en primer lugar es un giroscopio —Gregory volvió al tema de nosotros mismos con aquellas palabras—. Un gran giroscopio de barco. En el principio existía un sentido de equilibrio y de derecha. La máquina tiene que conocer siempre el camino que sigue. Esto es importante.

—En el principio descubriste que yo acababa de adquirir uno de esos giroscopios —protestó Glasser—. ¡Pero estaba destinado a otra cosa, perro ladrón!

—¿Y tendrá que girar hacia la derecha o hacia la izquierda? —preguntó Valery inocentemente.

—¡Oh, Dios y San Gregorio! —estalló Gregory en todo y en nosotros mismos—. Decisiones, ya. ¿No puede hacerse algo grande sin esas pequeñas decisiones a lo largo del camino? Dos grandes giroscopios de barco entonces, uno que gire a la derecha y otro a la izquierda. En el principio existía un sentido de derecha y otro de izquierdura. Para que exista conflicto desde el principio.

—Fue Valery la que descubrió que yo tenía un par de ellos: Gregory solamente vio uno —protestó, de nuevo Glasser—. ¡Y los dos eran para otra cosa, perra ladrona!

—En el principio existía equilibrio y no conflicto —hicimos brotar nosotros mismos de nuestro tanque de cel-gel. Estábamos gastando nuestra primera broma. Valery creyó que había hablado Gregory, y Gregory creyó que había hablado Valery. Únicamente Aloysius lo captó. Nosotros mismos nos habíamos convertido ya en una colectividad, y resultaba divertido—. Cuando dos rotaciones tienen el mismo *spin* sus bordes de aproximación viajan en direcciones distintas —añadimos nosotros mismos—, y esto es lo que genera tornados de *spin* opuesto a los dos factores principales. Pero con rotaciones opuestas los bordes de aproximación viajan en la misma dirección y generan energía pura.